

ALBEIRO MONTOYA GUIRAL

LICENCIADO EN ESPAÑOL Y LITERATURA DE LA UNIVERSIDAD TECNOLÓGICA DE PEREIRA

POESÍA Y PROSA

PATAS DE PIEDRA

A la memoria de quien me enseñó a leer y escribir.

Sólo cuando la muerte se nos mete al rancho empieza a existir, cuando nos hace caminar entre sus aguas invasoras, cuando se vuelve lluvia que nos toca y nos arrastra más acá del sueño. Qué bonita se ve de lejos, qué maravilla si apenas es de los otros, qué bueno si no pasa por el patio de nuestra casa a pisotearnos las hortensias y a patear al perrito que no le ha hecho nada.

Ahí está la profe. Las malas lenguas decían que su costumbre de llevar una florecita de cañagria en el cabello era algo subversivo; sin importarnos lo que esto pueda inspirar quisimos que también la llevara en su velorio, para recordarla contenta, tal como aparecía sonriendo todas las mañanas. No quisimos quitarle los zapatos que usó desde que la vimos por primera vez, unos zapatos de tela azul que parecían acompañarla inclusive al dormir. Las personas que se hacen querer suelen no quitarse los zapatos jamás. Se comprometen con algo y con algo se mueren. Con los zapatos de siempre los matan. Contra toda estadística saben matar a las personas que usan zapatos azules. Es un método simple. Nadie en la comunidad sería capaz de faltar al velorio de esta clase de personas, viven en la escuela, un lugar estratégico para echarse un discursito de presentación. Generalmente, tienen una jaula con dos turpiales al lado izquierdo de la ventana de su dormitorio, que da a los cafetales. La profe. Matarla. Esperar el tiempo suficiente para que todos estemos reunidos, como ahora, imaginando cómo la habrán metido a ella y a sus ideas en un ataúd tan pequeño, y decir: qué pesar, señoras y señores, sean ustedes bienvenidos, no tuvimos

otra opción, permítannos un momento. Reclamen una aguja capotera a la salida. Lo que vamos a decir no tardará.

Uno se pregunta quiénes son estos señores armados y por qué se persignan tanto al hablar, por qué prometen pavimento en los cafetales. Parecieran militares si no tuvieran cara de taladores de árboles, o de peritos en la aserradura.

Alguien dice, carajo, para mí que estos señores mataron la profe solamente para reunimos en la escuela, donde no quedaría nadie sin recibir sus amenazas. Nos van a comenzar a matar los hijos porque son ladrones, una cosa inimaginable. Se van a venir a comer los marranos y a molestar las muchachas más bonitas bajo el palo de limón. Y otro agrega, usted es muy ingenuo, estos señores apenas quieren de buenas intenciones reemplazar el café, cuyo precio es una cosa muy vergonzosa, por nogales y cedros que aserrar, un negocio que si miramos bien nos conviene a todos, o para qué son pues esas sierras que trajeron. Y el más inteligente señala, ninguno tiene la razón, estos señores son tan transparentes como el gobierno de Belisario Betancourt, alma sin pecado concebida, ante lo que el más torpe objeta que hay que desconfiar de ellos porque no hacen más que persignarse, y supongo que Dios debe estar mamado de que le digamos que el cielo puede ser lo que se nos antoje, quedando al descubierto su farsa, y un día de estos va a pedir asilo político en otro universo, y qué mierda, que me deje de una vez por todas la muerte de patear el perro, que se nos salga del rancho, no me crea tan pendejo, pobre animalito. Se nos va a caer el bahareque, se nos va a ver de afuera la cama haciendo de cocina y de armario y de rinconcito para hacer el amor a pesar de todo, porque hacer el amor no debe faltar en una casa que se está cayendo porque se le metió la muerte, y lo más obsceno, qué vamos a hacer cuando se sepa que las gallinas están durmiendo con el niño, le van a pegar el frío de la tierra y él les va a contagiar su llanto de modo que nadie podrá comérselas y hasta el río las va a escupir.

Ahí está la profe. Debió hacernos caso cuando le dijimos que ella no estaba exenta de morir al levantarse, con un puñado de arroz, a saludar los turpiales. Fue muy terca para creer que una bala no podría matarla aún si le rompiera la frente endureciéndole el cerebro. Como si una persona con pies vestidos de azul no pudiera ser asesinada en una mañana de sábado, el día más hermoso del mundo. Cuándo se ha visto. Quisiéramos, para qué negarlo, calzarnos

sus zapatos, pero coincidimos en que nos será de mayor ayuda que cada uno se ponga los suyos y muera con ellos, y empiece a incitarle los perros a la lluvia, y vaya hasta los barrancos a arriarle la madre a la tristeza y la nostalgia a los recolectores hacia otras montañas. Los recolectores tristes no cantan. Se nos perdió la cuenta del tiempo que lleva el cafetal en silencio. Necesitan otras montañas. Todos necesitamos otras montañas, pues todos somos recolectores. Se nos perdió la cuenta del tiempo que llevamos sin despertar porque no hemos dormido. Eso de que nos vayan a matar los hijos, y el olor de sexo mezclado con azahar y hortensias, y los chillidos que vienen del patio, no dejan dormir a nadie.

El mundo tiene un tubo roto en la mitad de la cabeza. Si al menos la muerte y la lluvia atacaran por separado... Tal vez lo mejor será ponernos de una vez por todas la ropa que nos gustaría llevar cuando muriéramos, celebrar una despedida anticipada del fin de las angustias que no llegará nunca; hacer el amor por si se trata de la última vez, uno no sabe; decirle a las muchachas, ya perdió el sentido esperar, vayan y acuéstense con quienes quieran antes de que vengan a molestar a las que faltan bajo el palo de limón. No habrá un futuro: no habrá un matrimonio al que llegar vírgenes, ni una virginidad que llevar al matrimonio. Ni siquiera va a haber una muerte. Habrá algo oscuro, chapaleando en el mundo que tiene un hueco en la mitad de la cabeza, por donde se entra un agua triste que nos inunda.

Tal vez lo mejor será guardar en la mochila un puñado de tostadura con que hacerse un tintico en el camino, un bulto de maíz porque un desayuno sin arepas cuando uno se está muriendo es una cosa muy deprimente, y salir hacia ninguna parte, donde sin lugar a dudas no debe estar lloviendo ni han venido unos señores a aserrar. Ni está la muy pendenciera de la muerte pisoteándonos el jardín y pateándonos el perrito, maldita sea, cuando sabemos que no le ha hecho nada. Ni amanecemos aburriendo a Dios con tanta quejadera y, por qué no, haciéndole pensar en dejar de trabajar para el gobierno y buscar una vejez honesta. Ni tenemos más patas de piedra en nuestras manos, y en las espaldas desnudas de las mujeres, revolviéndose todavía por efecto del veneno, reclamando su cuerpo macheteado. Ni hay carne de gallina que tendríamos que comer aunque supiera a llanto de niño, ni mucho

menos, claro está, una mujer muerta con una florecita de caña agria en el cabello y unos zapatos sin ninguna salpicadura de la maldita esperanza.

CUENTOS PARA HACER DORMIR A NIÑAS DESQUICIADAS

"Aprovechar cada renglón de la vida para agradecer la muerte, que aunque no sea una canción, es palabra. Al fin y al cabo la palabra vuelve a ser vida tenga el adjetivo y la oscuridad que tenga. La delicadeza es también otra forma de terror." Junio 04 de 2006.

UNO **(El innombrado)**

*"Se enamoró de un río,
de su presente fugaz,
del remanso escondido..."*

Pedro Guerra

La mujer había perdido a las dos personas que conformaban su familia. Su madre había viajado a buscar empleo en discretas plantaciones al sur del país, de donde hacía más de diez años no regresaba. Y la abuela había muerto naturalmente, al amparo de la tierra que la conoció desde niña.

No tuvo padre, no tuvo abuelo, ni un amigo ni un esposo. Jamás le conocimos un hombre. Despreció a todos los pretendientes. Ella quedó impedida para el amor desde un lejano incidente de la niñez, que ustedes muy bien recordarán pues mucho se ha escrito sobre él.

Creció sin sentirse inclinada hacia el sexo. Contrariamente a otras mujeres de la región, nunca la vimos a la orilla del río masturbándose con un lirio amarillo, y pese a las habladurías de la gente, no creemos que haya deseado a las demás con lascivia. Nos parece que era asexual: no necesitaba de nadie, de nada. Ni siquiera de sí misma. Y estaba enamorada del río, pero su sentimiento era parecido al de los árboles. Éstos se enamoran desde lejos, ondulando sus

ramas, y, a veces, alcanzan a oír sus voces. Cuando el viento está de buen humor, se acarician tímidamente las yemas de los dedos. Y basta. La ingenuidad es la religión del viento.

Nos da tristeza, una gran tristeza verla así. Llegó en la madrugada y subió por mi cuerpo. Traía un cabestro de caballo amarrado en la nuca. Lo ató en mis brazos. No pude detenerla. Soy un naranjo: tengo ojos de hoja, cabeza innumerable y manos torpes. Se dejó caer silenciosamente hasta que sentí que dejó de respirar y sus zapatos cayeron a la corriente. El sol salió de espaldas para no verla. Quizá algún día la verán muerta columpiándose en un árbol inútil.

Descansa en paz, Caperucita.

DOS

Algo fuera de la cafetería le produjo un recuerdo; el de una jovencita delgada, de cabello revuelto, que tenía la costumbre de pasar por esa calle, tiempo atrás, llevando un niño de la mano. “¿Qué habrá sido de nosotros?” se preguntó. “¿A dónde habrá ido mi madre?”

Aunque estaba seguro de que casi era mediodía, sintió como si le estuviera llegando al rostro el tibio sol de la mañana.

Al fin se acercó una mesera. Él le dijo qué quería beber antes de que ella le preguntara. La mujer lo miró detenidamente; al notárselo hizo un esfuerzo por ocultar la sorpresa. Pero dijo:

“Señor, espere. Voy a traer un insecticida. Tiene algo aferrado a la cara. Qué asco: la tristeza.”

—Señorita, no se preocupe. Sin el retorno de la infancia es imposible la felicidad.

La mujer dejó de mirarlo. “Qué raro”, pensó. Hizo una anotación sobre un papel que sacó del delantal.

— ¿Algo más?

—Sólo un café.

TRES

La niña se acercó a pedirle que arrojara también una rosa. El viejo aceptó, buscó un pañuelo en el bolsillo, dijo algo y todos voltearon a mirar.

—Éste no parece el cielo de mi pueblo— volvió a decir—. El cielo de mi pueblo no es azul con manchas blancas.

La niña sonrió. —Por supuesto—le dijo—. En el entierro de mi madre no podía llover.

CUATRO

Le habían dicho que las mariposas tenían alas, que si era un niño quien las despertaba, sonreían; y que sólo un corazón como el suyo podría escucharles la voz y entender la escritura de su vientre.

Durante mucho tiempo había ido a buscarlas sin satisfacción. En aquel monte al parecer todas habrían muerto, o no habrían existido jamás. Sin embargo, una tarde llegó hasta su madre haciéndole notar su alegría.

— Ésta la encontré dormida sobre un viejo tronco.

Cuando el pequeño abrió las manos, su madre esperó que volara; al ver lo contrario, empalideciéndose, sintió miedo de que lo pudiera agredir y le ordenó que la arrojara muy lejos.

— ¡Aquello es una flor!

CINCO

El maravilloso día en que pudo cortarse las uñas, al salir de su casa recordó milagrosamente el sonido de la lluvia.

Él había comenzado a sospecharlo cuando tuvo que regresar de la fábrica sin saber por qué lo habían despedido, y al mediodía en el comedor se lo confirmó uno de sus hijos:

“Papá, envejeciste...”

Corrió a mirarse en el espejo, y tenía en el rostro efectivamente una sonrisa.

SEIS

El siguiente punto decía:

La reconocerás por su número de pestañas.

Guardó el papel en el bolsillo y ubicó ante la mujer una silla.

—Dígame su nombre nuevamente, por favor— pidió sentándose.

Ella lo repitió.

—Muy bien. Una, dos, tres... allá dentro parece que me estuviera ahogando— se interrumpió

—. Me veo sacar las manos del agua incesantemente.

Ella bajó los ojos, y él prosiguió. Cuatro, cinco, seis...

Contó varias veces hasta sonreír de satisfacción. Por teléfono se lo dijo a alguien. Sacó el papel nuevamente y leyó el último punto. Recogió sus cosas, se puso el sombrero. Se despidió de la mujer entregándole un cofre diminuto.

Ella lo abrió. Tuvo miedo al ver de qué se trataba.

VELAR LAS ARMAS

Dejar la escritura de poesía,
desertar, encontrar la vida sin amargura.
No encontrar en los colibríes
símbolos de la aurora
ni en la aurora el brillo de una idea.

Velar las armas,
quemar los libros,
incendiar la memoria,
amordazar los recuerdos.

Estoy dispuesto hoy,
-cualquier día es bueno para morir-.
No me hablen de versos ni de poetas.
Invítenme a un café sin dolor.
Invítenme a hablar de flores
sin evocar la muerte.
Déjenme ver las cosas como son;
insúltenme por escribir estas líneas.
Llámenme mis amigos estúpido
por maldecir la lengua en que escribo
-quiero una lengua de pájaros-.

Olvidenme,
no crean en mí.

Albeiro Montoya Guiral, Poesía y prosa, 2010

Me encierro a solas con la vida.

A nadie le gusta que lo vean

cortarse las manos.

DE POR QUÉ ES INVENCIBLE EL INSOMNIO

Una noche lluviosa

en que no me dejaba dormir con sus ladridos

lo llevé afuera,

le introduje el cañón del revólver en el hocico

(estaba amistoso ante mí,

lamiéndome la mano, meneando su cola peluda).

Lo miré a los ojos y, sin apiadarme, disparé tres veces.

La noche lo vio perder la cabeza

y escuchó el último latido de su corazón.

Hoy no sé cómo

a pesar de lo que cuento

va detrás de mí a todas partes,

siguiéndome de lejos por los caminos,

y llegando hasta mi lecho para interrumpir mi sueño

el incansable y detestado perro de la poesía.

COMPOSICIÓN PARA CARLOS GARDEL

Tener miedo,

tener frío.

Estar solos

a mitad

de la lluvia

que nos moja

convencida

de que somos

perros o árboles,

tristes cosas

que se ven

en un filme,

con premura,

tristemente.

Eso somos:

solo cosas.

Ni siquiera

personajes

principales.

Nada es nuestro,

ni el recuerdo.

Aquí estamos
invitados
por la muerte
que compró
dos boletas
confundiendo
la función.

Para qué
tener miedo,
tener frío.

No se sabe
cuándo, cómo
la película
de este instante
que es la vida
tendrá un fin.

Y si lo tiene,
¿qué más da?

CAMINO DE HERRADURA

"Esa luna hijueputa quién pudiera bajarla a piedra". Después de decirlo se detuvo haciéndome evidente su cansancio. Le animé a andar mostrándole las pequeñas luces en la montaña.

-Quizá sean la señal de que no pasaremos la noche en el monte o como huéspedes de las vacas que duermen en algún establo.

En el camino de herradura nuestros débiles pies eran agua y blandura. Cada vez que miraba hacia atrás veía su cara afrentada por el llanto. Sólo en la entrada de una fonda pude verlo con un poco de sosiego.

-¿Sabe qué nos va a pasar si nos alcanzan? -, me preguntó de pronto.

-Qué nos van a alcanzar, hombre - le dije. En este momento ni deben intuir que nos volamos.

-Lo saben y nos siguen. Deberíamos regresar.

-¿Está loco? Entremos, mañana será otro día.

-Deberíamos regresar-, insistió.

Atrás, la noche nos mostraba la incertidumbre. Delante, la puerta de la fonda nos hacía una pregunta.

-¡Qué nos van a alcanzar! -, le dije. Cuando sepan de nuestra ausencia habremos llegado a la ciudad.

-Nos siguen. El trote... puedo oír cada bota, una por una. Puedo oírlo. La textura de ese sonido es como la del cristal de un ataúd.

Al fin entramos. Sólo había una habitación disponible. Nos acostamos con los morrales, vestidos. Aguardamos el sueño con los ojos más abiertos que nunca. De vez en cuando yo entraba al baño sin ninguna intención; la pequeña ventana ubicada en lo alto de él fue lo que me produjo la idea.

De un momento a otro empezamos a oír la llegada de los persecutores. Su trote. También yo pude oír las botas, una a una.

Lo invité al baño. -¡Rápido!

¿Sí ve que nos seguían?- me dijo saltando de la cama y colgándose el morral. Andaba de un lado a otro.

Le pedí silencio. Al ladrido de los perros encarnizados se unieron los disparos y los gritos. Se escuchó que irrumpieron en el salón de la entrada. Quizá quien atendía les dijo dónde dormíamos porque los oímos subir rítmicamente.

Vio la ventana y, a lo lejos, esa luna que lo atormentaba.

Un golpe que derribó la puerta. Vieron la cama donde nadie había dormido y al seguir el rastro de la sangre hallaron el cadáver de uno de los fugados.

EL PAJARERO INEXPERTO

Qué imagen la de la abuela moliendo el amor, con el delantal manchado por su leche vegetal, la máquina envolviéndolo en sus entrañas con la cebolla. La niebla abrazaba suspirando a la mañana. Como la noche había recibido la visita de la lluvia con sus tres hijos, los recolectores no habían empezado su labor, esperaban el desayuno recostados en el barandal del corredor, algunos tiritaban empuñando una taza caliente de chocolate o de café. No se escuchaba una voz en toda la casa.

El niño estaba cansado de que la abuela no le dijera dónde estaba el abuelo, por lo tanto salió de la cocina y fue a buscarlo al rajadero. El hacha yacía entre la leña mojada. Más allá, el caballo parecía pintado en el paisaje, dormido, con las orejas tristes bajo la llovizna. Lo buscó en cada lugar donde lo imaginaba, por último, en el peladero de café. Apenas su padre lo vio entrar lo tomó en los brazos llevándolo de nuevo a la salida como para evitar que presenciara algo terrible. Le besó cada mejilla con fuerza. Al dejarlo libre de su cariño asfixiante, le dijo: "No entres acá cuando uno esté revolviendo el café, huele a vinagre si la miel no se le ha caído todavía. Te puedes enfermar". El niño quiso saber dónde estaba el abuelo. Su padre sonrió.

"Ese viejito salió madrugado con los pájaros", dijo.

— ¿Los va a vender?" —, preguntó el pequeño.

El hombre se echó a reír diciendo que no, que los pájaros lo llevaban a él, porque no les gustaba su sombrero. El niño no entendía, cómo así que los turpiales se llevaran a la gente, y más por un sombrero, desde cuándo acá. EL padre lo tomó de nuevo en los brazos, besándole otra vez. "Tranquilo que nadie va a vender los pajaritos, y si el viejo los vendió yo mismo te voy a enseñar a ser pajarero, tendrás tus propios turpiales".

Papá— dijo el niño—, los pájaros están en la jaula.

Efectivamente se oían desde ahí. El hombre entonces sustentó en ese hecho que nadie los iba a vender, pero cuando quiso decir qué pájaros se llevaron al abuelo las palabras se resistieron a salir, aferrándosele nerviosas a las entrañas.

Papá — el niño no entendía, un niño jamás puede saciarse — ¿a dónde fue el abuelo?

— Por ahí. Por ahí — dijo aquel—, vamos a la mesa, el desayuno está listo —. Y en sus brazos lo llevó a desayunar.

En la mesa, en la larga mesa no se escuchaba una voz. Todos comían sin producir el menor ruido. La abuela en su costumbre no se sentó con ellos, se veía comer por la ventana que daba a la cocina y por la cual llegaba la comida a la mesa. Lentamente mordía, sorbía un poco de caldo, venteaba el fogón. Qué imagen la de la mujer que molió al amor, lo amasó, lo asó y lo sirvió. El amor en cada plato olía a ardilla, y a pájaro, increíblemente. Amor espigado, oloroso a sus propios enemigos, tal vez la victoria consista en adobarlo con la sangre de quienes nos lo han jodido toda la vida, y comerlo en silencio.

La niebla dejó ir a la mañana, el caballo se sacudió la llovizna sonriendo con las orejas. Los recolectores se desperezaron. Al llamado de quien tenía la misión de asignarle con una bandera a cada cual un surco a seguir, se formaron en una fila. El niño, en los hombros de su padre, se unió en el último lugar de la marcha en descenso hacia el cafetal. El camino estaba resbaladizo, a cada paso el pequeño sentía miedo de caer. Los recolectores más avanzados iban cantando una canción, su eco se oía entre montaña y montaña, de vez en

cuando alguno gritaba y los demás lo imitaban estrepitosamente. En las casas vecinas las mujeres desde los patios columbraban el peregrinaje, parecían el jurado de un concurso de algarabía.

El camino estaba difícil, los únicos privilegiados en la mejor posibilidad de no caer al andar eran quienes encabezaban la fila. El hombre cayó y resbaló sentado causando la euforia de los demás, saliéndose del grupo. El niño estaba feliz, sin caerse pensó que todo se trataba de un juego. Gritó alegremente cuando vio aparecer al abuelo, pronunció su nombre suave como el pecho de una paloma. El abuelo estaba en la arena de la quebrada, tenía el pantalón remangado, el agua le mojaba los pies, los acariciaba con sus manos susurrantes. El niño le sonrió, todos lo vieron pero pasaron sin saludarlo, inclusive su padre con él a cuestas. Tuvo que resignarse con despedirse voleándole la mano al pasar. Girando la cabeza se fue mirándolo hasta perderlo de vista. Nunca dejó de sonreírle y él, de una manera muy extraña, también le sonreía. El viejito quedó en la arena. Su sombrero, una joya preciosísima de los años veinte coronada por una pequeña pluma roja, había caído lejos de su cuerpo atrozmente pasado a machete.

ERES HIJO DE TI MISMO Y TE MUERDES

Padre, tu único hijo ha muerto
para que mis manos nazcan,
tu único silencio fue invadido
por guadales y lámparas.

Tristes caballos miran la llovizna
de la infancia caer en la ciudad lejana.

Albeiro Montoya Guiral, Poesía y prosa, 2010

Eres padre de ti mismo, infortunio.

Eres hijo de ti mismo y te muerdes.

Padre, tu único hijo ha muerto

y está habitando los zapatos del olvido,

roto, viejo hogar de unos pies de perro asesinado.

CAFÉ HONDO

Café hondo el pueblo a distancia fulgurante

café hondo el silbido del viento

que confunde los árboles con perros

Café hondo la tibieza donde alguien menudo

dejó un beso marcado en nuestro espejo

con labial de ceniza

como advirtiéndolo que jamás volvería

Ojos morenos

Café hondo que bebo a solas

NO NOS AMAMOS

"And true love waits

in haunted attics"

Radiohead

Espérame

no puedo ir a ti sin saber por qué el miedo

a quienes están exentos de la felicidad

les reparte claveles morados

cartas sin firma y póstumas sonrisas

Espérame

tengo que acabar mi vida antes de amarte

tengo que perder otras cuantas esperanzas

Al menos dos de mis próximos intentos de suicidio

tendrán que salirme bien

Antes que nada tengo que morir

CIUDAD SILVA

A ella, la mujer de las pequeñas uñas pintadas de vacío

Mírame,

mírame a la muerte

atácame los dientes con tu vientre furioso

cállame con un beso en la mitad de la nostalgia

de un futuro improbable entre nosotros

dame una palabra conque apaciguar

esta manera de extrañarte

anticipado a los recuerdos de lo que aún no ha sucedido

Hay una ciudad tejida con tu pelo

Hay un entramado de un color

inventado por la utopía

Hay en las paredes de todos los barrios un dibujo de niños

jugando a matarse sin herirse

Acéptame los ojos tristes

esas otras dos bocas que te hablan de viejos versos

esas otras dos manos que han acariciado perros y pechos de pájaros

esos otros dos pies que han caminado todas las tristezas

Voy a estrellar mi cabeza contra esa ciudad tejida con tu pelo

Voy a desarmar los tejidos del infortunio

Albeiro Montoya Guiral, Poesía y prosa, 2010

Voy a rasgar las paredes donde nos dibujaron
Me partiré la memoria contra su frío de piedra
Mayo dejará de oír en sus madrugadas un disparo
y todos los perros del país dejarán de mirar melancólicamente
hacia La Candelaria
Aunque la premisa sea no morir
te propongo un amor sin esperanza.

Ya nadie volverá a matarse entre nuestros besos

EL VIENTO PODRÍA EQUIVOCARSE

Si por un error del viento que viene del sur
llegaras a morir
o si de bruces cayeras de pronto en el olvido,
en algún lugar no difícil de precisar
deja un poema voluntario que se encargue de distribuir
la vida y la palabra que dejes inconclusas.

Aunque quisieras irte silenciosamente
no tendrías otra opción
porque la palabra es esto:

postergar la vida.

Y la vida postergar la esperanza.

MANERA DE BESARSE EN EL MOMENTO DE MORIR

"...nadie te va a hacer mal, excepto amarte".

Serú Giran

La vida es amarga, en consecuencia, besa.

Quémate si el fuego en que amamos es el último.

No temas a mis manos

que aprieten tus senos

como si fueran dos azucenas vencidas por la noche,

así como yo no temo a tu delicada forma de abarcar mi cuerpo de hombre

o de sueño o de árbol

qué sé yo

-aprendí a olvidar de qué extraña sustancia amanezco

construido cada día

Amar es lo único que nos queda por hacer.

Albeiro Montoya Guiral, Poesía y prosa, 2010

Vivir en esta instancia de la muerte

es ínfimo comparado al amor.

Desnudarnos fue un acto apenas cotidiano

como soñar con rosas o bailar antes de dormir.

Desnuda sé amarte como si estuvieras hecha

de azucena estremecida

o de lluvia amaestrada para caer en la melancolía.

Sabe amar mi cuerpo desnudo de hombre sueño o de árbol.

No prestes atención a las dos palabras estremecedoras de mis ojos.

El nombre del fuego no se pronuncia:

se besa.

LA BICICLETA ENTREDORMIDA

No despiertes aunque la ciudad

nos dispare sus números,

sus carros, sus peatones exhaustos,

aunque nos empuje la espuma ficticia del río

donde confluyen todos los podridos amaneceres

Albeiro Montoya Guiral, Poesía y prosa, 2010

de la historia, y desenvuelva hasta nosotros
sus calles como látigos.

No tengas miedo:

Siempre saldrá alguien a proteger la fantasía
detrás de cada puerta que toquemos,
aladas sombrillas como manos gigantes de queridos muertos,
pájaros feroces, libros como escudos.

No podremos caer, no temas.

Somos una bandada de aerociclistas,
más allá de los confines del mundo haremos patria aparte.

Sólo huele el algodón de azúcar de las nubes
que nos ofrece un viejo al pasar con su carrito a toda prisa.
Oye apenas el eco de su campana,

y la cucharita que cae y golpea tal vez

los más bajos tejados
y despierta a otros que duermen en un cuento
con nombre de perro y ojos de ceniza.

No despiertes, niñez mía.

Sé que me oyes, no despiertes.

Aún cantan los recolectores

en las montañas lejanas.

Estamos por encima del yacimiento de la lluvia

que los besa con labial morado.

A tantas palomas de la felicidad,

a tantos cigarrillos

de cuando creíamos que la ciudad era un jardín

en cuyo centro había un árbol de dulces

que nos traía el abuelo si maduraban ,

envueltas en plástico bajo los ramajes del café,

sus voces frías exigen

que seamos nuevamente lo que fuimos.

No los escuches, sólo mi voz es cierta.

Nunca volveremos a ser lo que fuimos,

porque, todo lo que fuimos, nunca fue.

Sin embargo, no tengas miedo.

Albeiro Montoya Guiral, Poesía y prosa, 2010

Lo haré con dignidad,

toda la fuerza de mi vida la pondré en los pedales.

No despiertes.

Que nos vean desde la tierra y sepan

qué frío es el sueño y qué alto y qué bueno es amarse entre su espuma real,

y su confluencia de amaneceres vivos.